

¿Impulsados o expulsados?

Agosto 24, 2025 – Rev. Héctor Hoppe

Lucas 13:22-30 22

22 En su camino a Jerusalén, Jesús iba enseñando por ciudades y aldeas. 23 Alguien le preguntó: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?» Y él respondió: 24 «Hagan todo lo posible para entrar por la puerta angosta, porque yo les digo que muchos tratarán de entrar y no podrán hacerlo. 25 En cuanto el padre de familia se levante y cierre la puerta, y ustedes desde afuera comiencen a golpear la puerta y a gritar: “¡Señor, Señor; ábrenos!”, él les responderá: “No sé de dónde salieron ustedes.” 26 Entonces ustedes comenzarán a decir: “Hemos comido y bebido en tu compañía, y tú has enseñado en nuestras plazas.” 27 Pero él les responderá: “No sé de dónde salieron ustedes. ¡Apártense de mí todos ustedes, hacedores de injusticia!” 28 Allí habrá entonces llanto y rechinar de dientes, cuando vean a Abrahán, Isaac y Jacob, y a todos los profetas, en el reino de Dios, mientras que ustedes son expulsados. 29 Porque habrá quienes vengan del oriente y del occidente, del norte y del sur, para sentarse a la mesa en el reino de Dios. 30 Pero habrá algunos últimos que serán primeros, y algunos primeros que serán últimos.»

¿QUÉ NOS DICE EL TEXTO?

- Nos situamos en el último y definitivo viaje de Jesús a Jerusalén. Aunque Jerusalén era la meta final, Jesús invirtió el tiempo necesario para pasar por ciudades y aldeas para enseñar sobre el reino de los cielos. En eso estaba él con sus seguidores, cuando alguien se acerca para preguntarle algo un poco inesperado o inusual. ¿Será que Jesús estaba enseñando sobre lo difícil que era entrar al reino de los cielos? ¿En qué estaba pensando este hombre al preguntarle a Jesús si eran pocos los que se salvarían? Quizá quería saber sobre su propia salvación.

Para el Camino

- Jesús le responde con una metáfora como las que usó muchas otras veces: solo se entra al reino de Dios y a la salvación eterna pasando por la puerta angosta. Jesús mismo es la puerta por la que se entra a la salvación. *“Yo soy la puerta; el que por mí entra, será salvo; y entrará y saldrá, y hallará pastos”* (Juan 10:9).
- Esta puerta a la que Jesús hace referencia lleva a la salvación eterna. Eso la hace muy interesante, pero nadie podrá entrar si está inflado de orgullo o vanidad. La puerta es angosta. No entran las multitudes en masa, sino que uno a uno tenemos que “esforzarnos” por entrar.
- Jesús no pide ningún requerimiento humano extraordinario para entrar al reino. Su enseñanza indica que para poder entrar por esa puerta estrecha solo se debe reconocer el pecado y la necesidad de un salvador. El esforzarse para entrar por la puerta angosta hace referencia simplemente al arrepentimiento. El arrepentimiento es todo lo contrario a la autosuficiencia, a la indiferencia, a la falsa seguridad y a la dejadez.
- El esfuerzo también consiste en no dejar para más adelante el llamado que Jesús nos hace ahora. A la iglesia no se entra sino por el arrepentimiento, y hay un tiempo para eso: hoy, mientras estemos vivos. Una vez que la puerta se cierre, desde la muerte ya no habrá ninguna oportunidad. Dios dirá: “No los conozco”, literalmente: “No sé de dónde salieron ustedes”.
- Cerrar la puerta es el juicio final. La persona que se acercó a Jesús con una pregunta obtuvo mucho más que un simple “sí” o “no” por respuesta. Ahora él está informado con lujo de detalles de lo que significa entrar en el reino de los cielos. ¿Estaría él adentro? ¿Consideraría el reconocimiento de su pecado como la puerta de entrada para estar con Jesús para siempre?
- Entre los presentes seguramente había judíos que habían comido con Jesús, que lo vieron enseñar en lugares públicos, pero que no tuvieron ningún encuentro personal

con el Salvador. Haber escuchado a Jesús no cuenta si se rechaza el arrepentimiento. Estos judíos solo tuvieron un contacto externo.

- El versículo 27 es una sentencia lacerante a aquellos que, sin reconocer su pecado y la necesidad de un salvador, pensaron que haber estado en contacto con Jesús y saber algo de sus enseñanzas los liberaría de la ira divina. Jesús no los reconoce, y agrega: *“Apártense de mí”*. Qué contraste con el *“Vengan a mí todos ustedes, los agotados de tanto trabajar, que yo los haré descansar”* (Mateo 11:28), y con *“Vengan, benditos de mi Padre, y hereden el reino preparado para ustedes desde la fundación del mundo”* (Mateo 25:34).
- *“Hacedores de injusticia”* se refiere a los que no se arrepienten y creen que sus obras y su “bondad” o su vida incontaminada por no juntarse con “pecadores” les debiera permitir un lugar en el reino de los cielos. En definitiva, somos “hacedores de injusticia” o arrepentidos, redimidos por la sangre de Jesús. No hay términos medios.
- El versículo 28 nos muestra el contraste: por un lado, están los expulsados, con su *llanto y crujiir de dientes*—expresión muy conocida que Mateo usa seis veces y que indica dolor y enojo— y por otro lado están los “santos” tan venerados por el pueblo hebreo, los patriarcas y los profetas, en las bienaventuranzas del reino de Dios. Los que no se arrepienten serán expulsados, como lo fueron Adán y Eva del Jardín de Edén. Para ellos ya no hay más promesas. Qué manera tan clara de exponer el sufrimiento del infierno: los expulsados sufrirán la envidia de ver a los santos de Dios disfrutando de la paz del perdón. Estas palabras nos llevan a recordar que la puerta angosta está abierta para todos los que se arrepienten.
- El versículo 29 nos sienta a la mesa del Rey. La gracia de Dios es universal, no está disponible para un solo grupo social sino que viene a todas las etnias y va a todos los rincones del mundo. La gracia está disponible, y *“muchos son los llamados, pero pocos*

los escogidos” (Mateo 22:4). Aunque Dios quiere que toda la humanidad se siente a su mesa y llama a todos al arrepentimiento, pocos entrarán por la puerta angosta.

- Reunirnos a la mesa es el mejor agasajo que Dios puede hacernos. Los judíos que perseguían a Jesús creían que ellos tenían un lugar asegurado en el banquete celestial por haber sido los primeros en conocer a Dios Creador y los primeros en ser llamados para formar el pueblo de Dios. Pero, por más que hayan sido llamados primero, si se niegan a reconocer su pecado no podrán entrar por la puerta angosta. En cambio, los relegados, a quienes el evangelio les llega recién hoy, podrán ser los primeros en sentarse a la mesa celestial.

PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué preguntas tienes para Jesús? ¿Quieres saber si eres salvo? Este es un buen momento para hacerse esta pregunta tan importante. ¿En qué basas tu respuesta? Tal vez te ayude lo que Jesús dice en Juan 6:37: “Al que a mí viene, [por la puerta del arrepentimiento] no lo echo fuera”.
2. Muchos piensan que son salvados, que están dentro del reino, porque han sido bautizados y tal vez se han casado por iglesia. Pero en verdad no le dan prioridad al “reino de Dios y su justicia” y consideran que no tienen tiempo para las cosas de Dios. Tal vez piensan que haber escuchado algunas enseñanzas de Jesús les alcanza y sobra para asegurarse la salvación. ¿Conoces a personas así? ¿Cómo te ayuda este pasaje a ubicarlos en la realidad temporal y eterna?

3. El texto de hoy nos dice que la rabia vendrá porque los que pensaron que entrarían, ven en el reino a aquellos que ellos jamás pensaron que fueran objeto del amor de Dios. En definitiva, muchas veces jugamos a ser Dios y a decidir cómo es que se entra al reino de los cielos. Pero necesitamos dejar de pensar tanto cómo haremos nosotros para ser parte del reino sagrado y escuchemos lo que Jesús propone: entrar por la puerta angosta. ¿Por qué crees que eres objeto del amor de Dios? ¿Qué te hace pensar así?

4. El Espíritu Santo nos ha impulsado al arrepentimiento para que no seamos expulsados de la presencia de Dios. ¿Cómo describes la palabra arrepentimiento? ¿Cómo experimentas el arrepentimiento en tu vida?

5. Ora para que el Espíritu Santo te haga ver por anticipado –en esperanza– cómo será sentarse a la mesa del reino de Dios (v 29).